

Cuerpo, afecto y memoria: “Cuerpos que militan, cuerpos que hablan”

Caterine Galaz y Catalina Álvarez

Universidad de Chile

Publicación restringida. Derechos reservados.

“Lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá re-concebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder. Y no habrá modo de interpretar el “género” como una construcción cultural que se impone sobre la superficie de la materia, entendida o bien como “el cuerpo” o bien como su sexo dado. Antes bien, una vez que se entiende el “sexo” mismo en su normatividad, materialidad del cuerpo ya no puede concebirse independientemente de la materialidad de esa norma reguladora” (Butler, 2002: 18-19).

En las construcciones de memorias de sujetos militantes, vemos que muy escasamente emerge *el cuerpo* como centro de atención o como materialidad concreta de esas formas de conectar pasado y presente. Generalmente se le relega a ser parte de descripciones secundarias, de explicaciones sobre las vivencias y trayectorias de sujetos que transitan en sus estatus políticos y sociales en cambios contextuales, por ejemplo, para mostrar los efectos de la violencia dictatorial o de otras violencias o terrorismo de estado, o bien, en el paso de dictadura a democracia.

Sin embargo, vemos que la corporalidad y la comprensión de las emociones sí puede formar parte relevante de la memoria, sobre todo cuando se encuentra relacionada con sujetos generizados: en algunos estudios sobre este período se coloca el acento en las luchas de las mujeres durante la implementación de periodos transicionales (Peterson-Markowitz, Oglesby y Martson, 2012; Franceschet, 2012), así como los vínculos históricos entre luchas pasadas y presentes de mujeres de distintas generaciones, en cuyos relatos siempre se enuncian de alguna manera sus cuerpos.

Los relatos de dichas acciones políticas acaecidas en el pasado se constituyen totalmente en lo corpóreo, sin embargo, en su análisis posterior en las investigaciones, el cuerpo queda suspendido, externalizado y solo

descrito por los efectos que tuvo sobre él la violencia. De esta manera, la corporalidad vuelve a colocarse en el espacio moderno en el que la racionalidad adquiere todo el peso constitutivo de los mundos, y que como señala Posada Cubizza (2015), deja al cuerpo olvidado, oculto por la cultura moderna y su valoración de la mente como incontaminada e higiénica. Por ende, considerar la corporalidad como espacio de construcción y análisis de la memoria implicaría a su vez romper con los marcos hegemónicos de pensamiento y representación de nosotras mismas.

Lo que una cultura recuerda y lo que escoge olvidar, está intrínsecamente atada a asuntos de poder y hegemonía. En la construcción de memoria los/as individuos y grupos constituyen sus subjetividades al recordar el pasado, lo que a veces lleva a contestar normas, convenciones y prácticas que se inscriben en corporalidades. **En ese sentido, las maneras y los códigos que utilizamos para construir el pasado, están marcados por el género, la raza y la clase (Hirsch y Smith, 2002; Mushaben, 1999), por lo que las narraciones que implican la corporalidad ofrecen otras posibilidades de comprensión de los procesos históricos. Los cuerpos en las memorias de un evento pasado son cuerpos que hablan por sí mismos, que dicen más de lo que las memorias oficiales señalan.** Por tanto, hacer memoria considerando la situación corporal de los sujetos puede convertirse en ejercicios de contramemoria (Fried, 2016).

Desde comprensiones feministas posestructurales, la corporalidad emerge como campo de importancia ya que en su construcción se conjuga lo físico, lo simbólico y lo material (Reverter, 2001). Como categoría analítica, el cuerpo –y en ello la experiencia y el afecto– tiene un potencial desestabilizador no tanto en su unicidad (ligada muchas veces a perspectivas individualizantes) sino en cómo esa corporalidad se construye social e históricamente al margen de lo hegemónico (Trebisacce, 2016), es decir, cómo la corporalidad en sí misma emerge como producto de un entramado de relaciones y discursos de poder.

Como señala Foucault, el cuerpo entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone, a través de una mecánica del poder que “define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos ‘dóciles’” (Foucault, 1986, p.141).

En ese sentido, cuando se narran eventos a partir de algún ejercicio de memoria, muchas veces se enuncia la corporalidad con el fin de dar justificación coherente a los propósitos de ese discurso: sea el sufrimiento, la posición de víctima, el sometimiento, la violencia ejercida o recibida, la resistencia, entre otros procesos.

Por tanto, es un desafío desde perspectivas epistemológicas feministas reposicionar la materialización de lo social (Butler, 2002). Se trata de resituar la ontología del cuerpo, visualizar las condiciones bajo las cuales a los cuerpos se les adjudican identidades, se les psicologiza, se les localiza históricamente y se les asignan culturas y agencias (Grosz, 2005; citado en Pedewell, y Whitehead, 2012). En las memorias no son relatos sin materialidad, son cuerpos situados y contextuales. Así, la corporalidad emerge como campo de análisis respecto de los ejercicios de poder, a través de los cuales se puede infligir dominio y despertar resistencia.

Si bien esto es más evidente en memorias de períodos dictatoriales porque vemos que en muchos relatos de este periodo el dolor y la violencia vivida en el cuerpo es el espacio de enunciación de la vivencia, podría ser menos visible en las formas de narrar, por ejemplo, las transiciones políticas donde el peso de la razón se adueña de la discursividad. Por tanto, resulta interesante preguntarse cómo emerge la corporalidad en periodos de convulsiones políticas pero también en periodos de transición a la paz o a la democracia, respondiendo a nuevas normalizaciones, constricciones, libertades y fugas que permiten esos nuevos regímenes.

Subjetividad y cuerpo

Entendemos que la constitución del sujeto en términos de género depende del cuerpo, ya que cuando éste es interpelado en términos dicotómicos (hombre/mujer, heterosexual/ diversidad sexual) inmediatamente se le atribuye ese género en virtud de su cuerpo, dándole a su vez a ese cuerpo una forma social. De igual forma, las personas se entienden a sí mismas y reflexionan sobre sí mismas a través de estas interpelaciones, es decir, a través de procesos de (re)definición de lo material. Por ello, las pasiones, los afectos o las comprensiones sobre *cómo se es militante*, están marcadas por el género, la raza y la morfología en tanto espacios de producción del sujeto (Butler y Gamper Sachse, 2011).

Por tanto, creemos que en los relatos sobre el pasado se puede ver el ir y venir constante de cuerpos significantes. Cuando se recuerda, se habla desde una materialidad corporal: hablan mujeres, hombres, personas LGTBI, de cierta clase, de cierta edad... No obstante, estas no son esencias definidas “de una vez por todas, sino que más bien el lugar de un conjunto de experiencia múltiple, compleja y potencialmente contradictoria. ‘Hablar hace referencia a la ‘política de la localización’ de Rich, es decir, a la incardinación como posicionalidad” (Braidotti, 1994, p.199).

Esto implicará por tanto, pensar la memoria en relación con ejes de diferencia que afectan el posicionamiento y los procesos de subjetivación de quienes recuerdan, y que sitúan al cuerpo de formas particulares en las matrices de poder que se construyen en la memoria (Hirsch y Smith, 2002). De esta forma, abandonamos la

comprensión del género como categoría aislada, para entenderla siempre en intersección con otros procesos de diferenciación que modulan de forma particular el cuerpo, la experiencia y la subjetividad (Yuval-Davis, 2016).

En estudios anteriormente realizados¹, en las memorias militantes de personas que ejercieron violencia en Chile, se podría señalar que existe una disposición política de sus cuerpos para un tipo de militancia particular. La militancia en esos relatos emerge como una práctica social, de carácter performativo, que se da en escenarios de acción política, donde sus sujetos son agentes multiposicionales que se vinculan a través de acontecimientos/espacios (Zalaquett, 2011).

En otras palabras, en esos relatos militantes, la corporalidad emerge como entidad en la que se concretan los procesos de construcción de la subjetividad, conjugándose el hacer política con la corporalidad generizada, sobre todo en relación a la domesticación de los cuerpos que se concretan en la acción militante y en la configuración del “buen/a revolucionario/a”, como también a través del desalojo de la fragilidad dentro de la militancia. De esta manera, el cuerpo “no es únicamente un texto de la cultura. Es también [...] un locus práctico y directo del control social” (Bordo, 2003, p.165).

Memoria y afectos

Por otro lado, el cuerpo como lente analítico permite prestar atención a los afectos que se ponen en juego en relación con la violencia y la acción política, y que permiten la articulación entre cuerpo individual y cuerpo colectivo. A modo ilustrativo se encuentra el siguiente extracto de la narrativa “Ni víctimas, ni héroes, ni arrepentidos” de la investigación de Isabel Piper sobre las protestas del '80 (2017, p.18): *“Éramos una suma de cuerpos y que se convertía en un gran cuerpo, y cuando llegaban los gurka a sacarnos la cresta, cuando le pegaban un “linchaco” a el o la compañero/a de al lado tú sentías el golpe y te ibas encima, era como una cosa muy rara, así como de un tejido de cuerpos”*.

Así, la violencia es vivida y resistida independiente de los límites de la carne, afectando al colectivo en su conjunto, el que se a su vez se compone por múltiples voces y experiencias (Butler, 2017). En ese sentido, desde el cuerpo se puede reflexionar sobre los procesos de reordenación, rearticulación y desmembramiento de los cuerpos colectivos, así como respecto de las formas de resistencia ante los discursos y mecanismos de la transición.

Como señala Nelly Richard (2010), las retóricas hegemónicas del consenso y la reconciliación de la transición, por ejemplo en el caso chileno, buscaron la exclusión de lo diferente, subalternizando memorias, normalizando o persiguiendo

¹ Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile, Fondecyt Regular N° 1140809

cuerpos militantes a través de la masculinización, homogenización y criminalización de la protesta política.

Aquí toma relevancia lo que mencionábamos anteriormente respecto de que las prácticas de memoria de cuerpos subalternizados pueden ser entendidas como una contramemoria, ya que en su ejercicio se confronta constantemente la memoria hegemónica oficial, problematizando sus apuestas –de género, clase, raza, etc. – al revelar aquellas diferencias borradas, y en ese sentido, las matrices de inteligibilidad de las experiencias y del cuerpo militante (Bold, Knowles y Leach, 2002).

Como señala Hillary Hiner en una de sus investigaciones, existen cuerpos que son inencontrables dentro de las formas de hacer memoria. Simplemente no aparecen, pese a las violencias sufridas en periodos de prácticas de terrorismo de estado. Coloca como ejemplo, el caso de mujeres trans en dictadura. "La historiografía chilena sobre la dictadura tiene diversas temáticas que todavía no explora, dentro de esas, las mujeres trans que sufrieron violencia durante la dictadura... Si bien la violencia de género y sexual se ha ido visibilizando en los últimos años, todavía se sabe poco y nada sobre la situación de los grupos LGBTQ durante la dictadura en Chile (Hiner, 2018).

De esta forma, la corporalidad es el espacio en el que confluye la vivencia y el ejercicio de la violencia, la victimización y la agencia de maneras complejas, las cuales son experimentadas no solo respecto de la propia carne, sino también por y para la de otros/as, tal como plantea Butler:

[E]l cuerpo implica mortalidad, vulnerabilidad y agencia (agency): la piel y la carne nos exponen a la mirada de otros, pero también nos ponen en riesgo de convertirnos en la agencia y el instrumento de todos ellos (de la mirada, del tacto, la violencia). Si bien luchamos por los derechos sobre nuestros cuerpos, los mismos cuerpos por los cuales luchamos nunca son solamente nuestros. El cuerpo tiene su dimensión invariablemente pública. Construido como fenómeno social en la esfera pública, mi cuerpo es y no es mío (2003, p.5)

Por tanto, resulta interesante debatir cómo las memorias de militantes están inscritas en corporalidades, y en ello, marcadas por su posición generizada y sexual. Estas posiciones generizadas y sexuales no son un reflejo de una realidad natural, sino que son resultado de una producción histórica y cultural, con un peso particular que las hace diferenciarse del/la ciudadano/a no militante; así como de aquellos/as hacia los cuales se dirige su acción. Como dirá Lamas, estas posiciones están basadas "en el proceso de simbolización; y como 'productos culturales' desarrollan un sistema de referencias comunes" (2004, p.4), por lo que, la militancia hablará también de una corporalidad militante, estableciendo una relación en la que se refuerza la una a la otra.

En los relatos de militantes se describen procesos vitales individuales y colectivos,

en los que damos toda la centralidad a las acciones sociales de los sujetos, entendidas éstas como prácticas corporales... El cuerpo es así entendido como el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social, en diferentes encrucijadas económicas, políticas, sexuales (Esteban, 2004, p.54).

Por tanto, podemos visualizar en los ejercicios de memoria que disponen relatos donde el cuerpo emerge de alguna manera explícitamente a nivel discursivo, diversas trayectorias de subjetividad:

- a) En la narración de relatos pasados surge una corporalidad militante que transita desde lo complaciente-reproductiva de los modelos hegemónicos, pasando por formas de entender la militancia de una manera estética-corporeizada, llegando a configuraciones rebeldes respecto de la femeneidad/masculinidad dominante.
- b) Existen corporalidades que en la militancia son instituidas –a partir de las normas de las adscripciones partidistas- y otras corporalidades que son instituyentes –que generan desplazamientos y movimientos de esas normatividades.
- c) Se manifiestan especificidades que retan los universales de género: relatos de militancia que diferencian prácticas sexo-genéricas. De esta forma, es relevante ver que estos ideales reproducen o tensionan los mandatos sexo-genéricos.
- d) La puesta en escena corporal de la militancia se posiciona diferencialmente al resto del conjunto social para evidenciar claramente su apuesta política. En ese sentido, concordamos con Cortina, respecto que *“el cuerpo, desde la visión epistemológica de la manifestación externa de una individualidad, tiene valor pragmático o trascendente. Su valor ontológico o cualidades estéticas dependen del propio sujeto y del observador. Construido desde el acto, donde el que lo realiza tiene internalizada la presencia de los otros, en él convergen la opinión de su grupo social y las condiciones y circunstancias subjetivas y emotivas” (Cortina, A. 2004)*
- e) En las memorias de militantes, se visualizan muchas posibilidades de procesos corporales que se acercan y distancian del ideal de “buen militante revolucionario”. Esto sobre todo mediatizado por las comprensiones desde el presente respecto del pasado. Por tanto, si bien existen reificaciones de este ideal, a la vez se visualizan la no existencia de un yo fijo, único y estable. Si bien en las prácticas de memoria se construye un ideal de buen militante revolucionario (Troncoso, 2017), muchas veces

también se narran las imposibilidades de la concreción de esa subjetividad en la práctica misma de la militancia.

Estos posicionamientos que quedan visibles en las memorias de militantes, descansan en la performatividad misma del género que se concreta en las prácticas políticas que estos sujetos llevaron a cabo. No se trata de una pre-existencia de identidades fijas –hombre/mujeres–, sino que es en el mismo proceso político reelaborado en la memoria donde se constituyen diferentes subjetividades militantes generizadas, o como señala Butler:

El argumento fundacionalista de la política de la identidad tiende a dar por sentado que una identidad primero debe ocupar su lugar para que se definan intereses políticos, y a continuación se inicie la acción política. Mi razonamiento es que no es preciso que exista un `agente detrás de la acción`, sino que el `agente` se construye de manera variable en la acción y a través de ella (2007, p.278)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bold, C., Knowles, R., & Leach, B. (2002). Feminist Memorializing and Cultural Counter-memory: The Case of Marianne's Park. *Journal of Women in Culture and Society*, 28(1), 125–148.

Bordo, S.(1993): *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture and the Body*. (Tenth Anniversary Edition), Los Angeles: California University.

Braidotti, R. (1994): *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*. New York: Columbia University Press

Butler, J. (2002): *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires-Barcelona: Paidós, 2002.

Butler, J. (2003). *Violencia, luto y política*. *Revista Íconos, Ciencias Sociales*, 17.

- Butler, J. (2007): El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2007.
- Butler, J., & Gamper Sachse, D. (2011). Violencia de Estado, guerra, resistencia: por una nueva política de la izquierda ; + “Las categorías nos dicen más sobre la necesidad de categorizar los cuerpos que sobre los cuerpos mismos” : (entrevista de Daniel Gamper Sachse). Madrid; Barcelona: Katz Barpal; Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Butler, J. (2017). Corporeal vulnerability, coalition and street policy. *Nómadas*, (46), 13–29.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia. Valencia, España: Pre-textos.
- Esteban, ML. (2004): Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio. Barcelona: Edicions Bellaterra
- Fernández, E. (2015). Una revolución silenciosa. Memorias de activismo feminista y vecinal: de la Transición al 15M en Barcelona y su cinturón industrial. *Akulegi*, 19, 25-41.
- Franceschet, S. (2001). Women in Politics in Post-Transitional Democracies. *International Feminist Journal of Politics*, 3(2), 207-236.
- Fried, G. (2016). Sealing and Unsealing Uruguay's Transitional Politics of Oblivion. Waves of memory and the road of justice, 1985-2015. *Latin American Perspectives*, 43(6), pp. 103-123
- Foucault, M. (1986): Vigilar y castigar. Madrid: Siglo XXI Editores
- Hirsch, M., & Smith, V. (2002). Feminism and Cultural Memory: An Introduction. *Journal of Women in Culture and Society*, 28(1), 1–19.
- Hiner, H. (2018). Terrorismo de Estado Anti-Trans. Mujeres trans, Derechos Humanos, e Historia Reciente en Chile. En prensa.
- Laclau, E. (2004). *La razón socialista*. Fondo de cultura económica, México.
- Lamas, M (2000): “Diferencias de sexo, género y diferencia sexual”. Cuicuilco, volumen 7, número 18, enero-abril, México 1-24
- Mushaben, J. (1999). Collective Memory Divided and Reunited: Mothers, Daughters and the Fascist Experience in Germany. *History & Memory*, 11(1), 7– 40.
- Pedwell, C., & Whitehead, A. (2012). Affecting feminism: Questions of feeling in feminist theory. *Feminist Theory*, 13(2), 115-129.

- Posada, L.(2015) Las mujeres son cuerpo: reflexiones feministas. Investigaciones Feministas 108, Vol. 6 108-121
- Reverter, S. (2001): “Modificación del cuerpo: ¿Parodia o subversión?”, Cuadernos Feministas, 5, Seminari d’Investigació Feminista, Universitat Jaume I, 51-58
- Richard, N. (2010). *Crítica de la Memoria (1990-2010)*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Trebisacce, C. (2016). Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista. *Cinta de Moebio*, (57), 285–295. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2016000300004>
- Wetherell, M. (2014). Trends in the turn to affect: Social Psychological Critique. *Body & Society*, 1-28.
- Zalaquett, Ch. (2011) La frentista “Fabiola”: Un relato “en reversa” del atentado a Pinochet, *Revista www.izquierdas.cl*, pp. 1-30
- Yuval-Davis, N. (2016). Power, Intersectionality and the Politics of Belonging. En W. Harcourt (Ed.), *The Palgrave Handbook of Gender and Development: Critical Engagements in Feminist Theory and Practice* (pp. 367–381). London: Palgrave Macmillan UK. https://doi.org/10.1007/978-1-137-38273-3_25